



León-Felipe

Español del éxodo y del llanto

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

León-Felipe

Español del éxodo y del llanto

Doctrina, Elegías y Canciones

La Casa de España en México
1939

Dedicatoria

Al Ciudadano Lázaro Cárdenas, Presidente de la República Mexicana, y fundador y presidente honorario de La Casa de España en México.

Homenaje de gratitud.

Libro I

Doctrina de un poeta español en 1939

Yo no tengo diplomas

Hace ahora -por estos días- un año justo que regresé a México. Y poco más de un año que abandoné definitivamente España.

Vine aquí casi como el primer heraldo de este éxodo. Sin embargo, yo no soy un refugiado que llama hoy a las puertas de México para pedir hospitalidad. Me la dio hace diez y seis años, cuando llegué aquí por primera vez, solo y pobre y sin más documentos en el bolsillo que una carta que Alfonso Reyes me diera en Madrid, y con la cual se me abrieron todas las puertas de este pueblo y el corazón de los mejores hombres que entonces vivían en la ciudad. Con aquel sésamo gané la [14] amistad de Pedro Henríquez Ureña, de Vasconcelos, de Don Antonio Caso, de Eduardo Villaseñor, de Daniel Cosío Villegas, de Manuel Rodríguez Lozano... Entre todos se pudo hacer que yo defendiese mi vida con decoro...

Después, México me dio más: amor y hogar. Una mujer y una casa. Una casa que tengo todavía y que no me han derribado las bombas. Ahora que tanto español refugiado no tiene una silla donde sentarse, tengo que decir esto con vergüenza. Pero tengo que decirlo. Y no para mostrar mi fortuna, sino mi gratitud. Y para levantar la esperanza de aquellos españoles que lo han perdido todo...

Españoles del éxodo y del llanto, México os dará algún día una cama como a mí. Y más todavía. A mí me ha dado más. Al llegar aquí el año pasado, después de leer en este mismo sitio mi poema «El Payaso de las Bofetadas y el Pescador de Caña», La Casa de España en México me abrió generosamente sus puertas. Tal ha sido mi fortuna [15] en esta tierra, que ahora, viendo que los dados salen siempre en mi favor, me pregunto como Zaratustra: «¿Seré yo un tramposo?»

Y creo que esta noche, para definir mi conducta y aliviar mi conciencia, ha llegado la hora de rendir cuentas a México y a La Casa de España. Esta noche, después de un año de residencia en esta tierra y un año de labor en esta Institución, quiero preguntar a todos: ¿Qué vale lo que hace un poeta?

Porque yo no tengo una cátedra ni una clínica ni un laboratorio; ni recojo ni investigo. Y quiero preguntar en seguida: el dolor y la angustia de un poeta, ¿no valen nada?

Estos versos que ahora voy a leer, mi elegía «El Hacha» y mi poema «El Payaso de las Bofetadas»... que han nacido en esta tierra y en estos doce meses últimos, ¿no sirven para pagar en cierta medida algunas de las mercedes que me ha otorgado México?

Amigos míos, esta noche habéis venido aquí [16] a contestar a estas preguntas. Todos. Todos los que me escucháis. Los mexicanos y los españoles; y supongo que también ese hombre encendido de cólera, que grita todos los días en la prensa: ¿quién es ése? ¿por qué ha entrado ése? ¿quién le ha abierto las fronteras y la puerta de plata? Que muestre sus diplomas. ¿Dónde están sus diplomas?

Yo no tengo diplomas. Mis diplomas y mi equipaje se los ha llevado la guerra y no me quedan más que estas palabras que ahora vais a escuchar:

Polvo y lágrimas

Vivimos en un mundo que se deshace y donde todo empeño por construir es vano. En otros tiempos, en épocas de ascensión o plenitud, el polvo tiende a aglutinarse y a cooperar, obediente, en la estructura y en la forma. Ahora la forma y la estructura se desmoronan y el polvo reclama su libertad y autonomía. Nadie puede organizar nada. Ni el filósofo ni el poeta. Cuando [17] sopla el huracán y derriba la gran fortaleza del Rey, el hombre busca su defensa en los escombros. No con éstos los días de calcular cómo se ha de empotrar la viga maestra, sino de ver cómo libramos de que nos aplaste la vieja bóveda que se derrumba. Nadie tiene hoy en sus manos más que polvo. Polvo y lágrimas. Nuestro gran tesoro. Y tesoro serían si el hombre pudiese mandarlos. Pero nada podemos. Somos pobres porque nada nos obedece. Nuestra riqueza no se midió nunca por lo que tenemos, sino por la manera de organizar lo que tenemos. ¡Ah, si yo pudiese organizar mi llanto y el polvo disperso de mis sueños! Los poetas de todos los tiempos no han trabajado con otros ingredientes. Y tal vez la gracia del poeta no sea otra que la de hacer dócil el polvo y fecundas las lágrimas.

Y esta es mi angustia ahora: ¿Dónde coloco yo mis sueños y mi llanto para que aparezcan con sentido, sean los signos de un lenguaje y formen un poema inteligible y armonioso?

[18]

Un poema es un testamento

Un poema es un testamento sin compromisos con nadie y donde no hay disputas ni con el canónico ni con el regidor. Donde no hay política. A la hora de la muerte, no hay política. Ni polémica tampoco. Polémica, ¿contra quién? Como no sea contra Dios... Porque delante del poeta no están más que el misterio, la Tragedia y Dios. Detrás quedan los obispos y los comisarios. Y para tener polémica con ellos tendrían que dar un paso hacia adelante y tirar la mitra y los galones. El poeta va descubierto y sin adjetivos. Es el hombre desnudo que habla y pregunta en la montaña, sin que le espere ya nadie en la ciudad. Habla siempre dentro del círculo de la muerte y lo que dice, lo dice como si fuese la última palabra que tuviera que pronunciar. La muerte está tumbada a sus pies cuando escribe, esperando a que concluya. Y cuando ya no tenga nada que decir, nada que confesar, la muerte se pondrá de pie y le dirá, cogiéndole del brazo: ¡Vámonos!

[19]

Sus últimas palabras serán éstas:

Me voy.

Os dejo mi silla

y me voy.

No hay bastantes zapatos para todos

y me voy a los surcos.

Me encontraréis mañana

en la avena

y en la rumia del buey

dando vuelta a la ronda.

Seguidme la pista, detectives,

dadme la pista como Hamlet al César.

Anotad:

El poeta murió.

El poeta fue enterrado,

el poeta se transformó en estiércol,

el estiércol abonó la avena,

la avena se la comió el buey,

el buey fue sacrificado, [20]

con su piel labraron el cuero,

del cuero salieron los zapatos...

Y con estos zapatos en que se ha convertido el poeta

¿hasta cuándo -yo pregunto, detectives-

hasta cuándo seguirá negociando

el traficante de calzado?

¿Por qué no hay ya zapatos para todos?

Este poema es una vieja canción de amor que han matado los hombres y que el poeta quiere recrearla con su vida. Nunca se recrea nada con menos. Es un grito cristiano que los obispos han clavado en la moda inacabable de la liturgia eclesiástica para que la asesine la rutina. Y el líder político que la lleva en su programa también, la ha lanzado al viento como una amenaza para que la estrangule el rencor. Ahora está muerta y no tiene eficacia ni en el norte ni en el sur. Las tribunas proletarias y los púlpitos no son más que guillotinas [21] del amor. Del amor que el poeta salva día tras día de la rueda mecánica de las oratorias y de la bocina de las propagandas. El poeta va recreando con su angustia viva, las esencias vírgenes que matan sin cesar el político y el eclesiástico esos hombres que piensan que ganan todas las batallas y dejan siempre seco y muerto el problema primario de la justicia del hombre.

Cuando todas las demagogias han manchado de baba las grandes verdades del mundo y nadie se atreve ya a tocarlas, el poeta tiene que limpiarlas con su sangre para seguir diciendo: aquí todavía la verdad.

¿Por qué no hay ya zapatos para todos?

Las biblias las hacen y las renuevan los poetas; los obispos las deshacen y las secan; y los políticos las desprecian porque piensan que la parábola no es una herramienta dialéctica.

[22]

¿Quién es el obispo?

Los políticos hacen los programas, los obispos las pastorales y los poetas los poemas. Pero el poeta habla el primero y grita antes que ninguno la congoja del hombre. El político, después, ha de buscar la manera de remediar esta congoja, cuando esta congoja no está en la mano de los dioses. Si está en la mano de los dioses, interviene el obispo con su procesión de mascarones y da al problema una solución falsa y medrosa.

El poeta es el que habla primero y dice: esto está torcido. Y lo denuncia. O esto es un misterio, y pregunta: ¿por qué? Pero cualquiera puede denunciar y preguntar. Sí. Pero la denuncia y la pregunta hay que hacerlas con un extraño tono de voz, y con un temblor en la garganta, que salgan de la vida para buscar la vida. Y esto es lo que diferencia al poeta del arzobispo.

El poeta conoce la Ley y quiere sostenerla viva [23]. El obispo conoce la retórica y el rito anacrónico de la Ley: la Ley muerta. Los políticos no conocen más que las leyes. Y las leyes están hechas sólo para que no muera la Ley.

Cuando no hay poetas en un pueblo, el juez y los magistrados se reúnen en las tabernas, y firman sus sentencias en los lechos de las prostitutas.

Cuando no hay poetas en un pueblo (es decir, Ley viva), los obispos (es decir, la Ley muerta) celebran los concilios en los sótanos de sus palacios para bendecir la trilita de los aviones.

El obispo o el arzobispo, en este poema, es el jerarca simbólico de todas las podridas dignidades eclesiásticas de España: el que hace las encíclicas, las pastorales, los sermones, las pláticas, lleva al templo la política y los negocios de la plaza y afianza bien ha ametralladoras en los huecos de los campamentos para dispararlas con tra el hombre religioso, contra el poeta que dice:

[24] ¿Dónde está Dios? Rescatémosle de ha tinieblas.

Porque...

Dios que lo sabe todo

es un ingenuo
y ahora está secuestrado
por unos arzobispos bandoleros
que le hacen decir desde la radio
«Hallo! Hallo! Estoy aquí con ellos».
Mas no quiere decir que está a su lado
sino que está allí prisionero.
Dice dónde está, nada más,
para que nosotros lo sepamos
y para que nosotros lo salvemos.

Reparto

La España de las harcas no tuvo nunca poetas. De Franco han sido y siguen siendo los arzobispos, pero no los poetas. En este reparto injusto [25], desigual y forzoso, del lado de las harcas cayeron los arzobispos y del lado del éxodo, los poetas. Lo cual no es poca cosa. La vida de los pueblos, aún en los menesteres más humildes, funciona porque hay unos hombres allá en la Colina, que observan los signos estelares, sostienen el fuego prometeico y cantan unas canciones que hacen crecer las espigas.

Sin el hombre de la Colina, no se puede organizar una patria. Porque este hombre es tan necesario como el hombre del Capitolio y no vale menos que el hombre de la Bolsa. Sin esta vieja casta prometeica que arrastra una larga cauda herética y sagrada y lleva sobre la frente una cresta luminosa y maldita, no podrá existir ningún pueblo.

Sin el poeta no podrá existir España. Que lo oigan las harcas victoriosas, que lo oiga Franco:

Tuya es la hacienda,
la casa, [26]
el caballo

y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡Mudo!
¿Y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

Nos salvaremos por el llanto

En un poema no hay bandos. No hay posiciones rojas ni blancas. No hay más que una causa: la del hombre. Y por ahora, la de la miseria del hombre.

El poeta no viene a construir ninguna fortaleza ni con el hombre rojo ni con el hombre blanco ni con las amatistas de los obispos, porque con [27] el hombre de cualquier enseña no se puede construir hoy nada perdurable, ni aquí ni en ninguna latitud.

Yo me miro las manos y no me las veo ni rojas ni blancas ni moradas, sino llenas del barro y del limo de la primera charca del mundo. Creo que me las iré limpiando con lágrimas; pero casi no hemos comenzado a llorar. Mi programa, es decir, mi tema poemático predilecto es éste: «Nos salvaremos por el llanto». Esta es mi política y mi dialéctica también.

Creo en la dialéctica del llanto.

El hombre llora al medio día y en la noche...
y entre dos luces, cuando canta el gallo.

El llanto no está en los programas de los políticos ni en las pragmáticas de los jefes. Está en los versículos de los profetas y en el corazón engañado y afligido del hombre. Pero el llanto juega más que las leyes en la evolución de los [28] pueblos. El llanto rompe las fronteras políticas del mundo y hará que un día los hombres se entiendan mejor. Ya, hoy mismo que hablamos tantos idiomas distintos, lloramos todos igual. Antes no era así. El llanto tenía sus ritos indígenas y su ceremonia vernácula, pero ahora yo he visto que una madre china llora igual que una madre española. Las lágrimas son internacionales y para ganar la igualdad de los hombres, pueden más que los conceptos marxistas. Y estos mismos conceptos nacieron del llanto. Lástima que no se haya aclarado esto bien y muchos crean todavía que han nacido del odio.

Este libro no es más que llanto -¿qué otra cosa puede producir hoy un español? ¿Qué otra cosa puede producir hoy el hombre?- Pero para que no me tildéis de jeremíaco y digáis que mi dolor es demasiado cínico, lo he vestido casi siempre de humor. Mejor sería decir que he metido mis lágrimas en una vejiga de bufón, con la que doy golpes inesperados. y parece que voy [29] espantando las moscas. Es una vejiga de trampa. Pero la trampa aquí no es contrabando; es pudor nada más, del que no quiere mostrar en su equipaje lo que a

algunos no les gusta ver todavía. Los españoles hemos llorado mucho y hemos aprendido a llorar bien, pero no venimos aquí a tomar el papel de plañideras en ninguna funeraria. En México, estaría fuera de tono y no sería negocio, además. Los mexicanos saben mejor que nadie dar una manchincuepa en un ataúd. Hay una agencia de pompas fúnebres en Cuernavaca que se llama «¿Quo vadis?». En México -¡tan triste!- se ríen los esqueletos. Yo también me voy a reír.

Llanto y risa

Pero mi risa ahora no es la risa de aquellos poema deshumanizados de nuestros últimos días de paz, que decían: «la poesía no es más que juego de manos y chanzas de juglar; el dolor y la [30] tragedia no existen». No. Estos poetas eran merolicos y charlatanes de barraca, que ya han enmudecido; pero para que se callasen, ha tenido que verterse mucha sangre española.

A veces he pensado que esta guerra,
que esta guerra nuestra
se hizo contra los estetas
y contra los poetas,
contra los poetas que decían:
todo es juego y pirueta...
¡Y habían olvidado la Tragedia!

Ahora la poesía en España, no es más que llanto y risa. Y la risa aquí, es sólo llanto transformado, llanto invertido. Cuando se eleva el quejido y se va a perder o a quebrar como en nuestra copla clásica o en el salmo judaico, se le vuelve a la tierra con un cambio brusco de tono o con otro artificio. En la poesía, frecuentemente, con un retroceso grotesco, sarcástico, extravagante. Es un juego de sombras y de luces, un contraste [31] de climas que en España, Cervantes ha movido mejor que ningún poeta del mundo. Shakespeare es maestro en este mecanismo también. Pero lo que en Cervantes es contraste vivo, de carne y hueso, en Shakespeare es sólo contraste verbal. Shakespeare juega siempre con conceptos y frases y con personajes forasteros; con invenciones, con símbolos universales. Su arte es siempre artificio, virtud genial de comediante maravilloso que sabe llorar por cualquiera, por gentes extrañas y lejanas, por fantasmas, por mitos... por Hécuba.

«¿Y qué le importa a él Hécuba y a Hécuba que le importa él para que así la llore?»

En Cervantes (en El Quijote) no hay invención y apenas artificio; el necesario nada más para darle forma poética a la realidad española.

Hécuba, para Cervantes, es su patria, su casa... él mismo. Cervantes no juega, no ríe y llora con un sueño, con una sombra remota, sino [32] con su misma carne y con la carne dolorida y condenada de su pueblo.

Cuando el bachiller y unas fuerzas confabuladas derrotan a Don Quijote en la playa de Barcelona, el poeta sabe que más tarde, tal vez tres siglos más tarde, en el mismo sitio, el mismo Bachiller y las mismas fuerzas confabuladas han de derrotar a España para siempre. La verdad poética se adelanta a la verdad histórica. El poeta habla primero. Y cuando Cervantes mata a Don Quijote, es cuando España se acaba en realidad.

España está muerta. Muerta. Detrás de Franco vendrán los enterradores y los arqueólogos. Y los buitres y las zorras que acechan en las cumbres. ¿Qué otra cosa esperáis? ¿Volver vosotros de nuevo, cuando se derrumbe la harca de los generales? ¡Los éxodos no vuelven! ¿y a qué ibais a volver? ¿A darle otra vuelta al arístón? ¡Ya no hay más vueltas!

Pero un pueblo, una patria, no es más que la [33] cuna de un hombre. Se deja la tierra que nos parió como se dejan los pañales. Y un día ge es hombre antes que español.

Repartamos el llanto

Y tal vez esto, que nos parece ahora tan terrible a algunos españoles del éxodo, no sea en fin de cuentas más que el destino del hombre. Porque lo que el hombre ha buscado siempre por la política, por el dogma, por las internacionales obreras ¿no nos lo traerá el llanto? El hombre construye a priori fórmulas para organizar el mundo. Pero estas fórmulas se aman y mueren todos los días al contacto con la vida. La vida, la historia... Dios, tienen otros recursos. ¿No será uno de estos recursos el llanto? ¡El llanto, viejo como el mundo!

Ahora el llanto cuenta en su favor con la máquina también. La máquina lo aligera, lo expande, lo distribuye todo: la alegría, la ambición, el [34] esfuerzo, la riqueza... ¿por qué no el llanto también? No hay que decir solamente: la tierra es de todos, la riqueza de la tierra es de todos, sino el llanto del mundo es de todos también. Así, ha de comenzar la nueva revolución de mañana: distribuyendo el llanto. Demagogos, proletarios ¿por qué no me robáis ahora mi tesoro? ¿Por qué no me despojáis de mi fortuna? ¿Por qué no gritáis en seguida: ¡Igualdad, igualdad! ¡Abajo los magnates del llanto! Que no es justo que un pueblo y un poeta tengan casi todas las lágrimas de la tierra. ¡Gritad, gritad: Repartamos el llanto como los ejidos!

El llanto es nuestro

Español del éxodo y del llanto, escúchame sereno:

En nuestro éxodo no hay orgullo como en el hebreo. Aquí no viene el hombre elegido, sino el hombre. El hombre solo, sin tribu, sin obispo y [35] sin espada. En nuestro éxodo no hay saudade tampoco, como en el celta. No dejamos a la espalda ni la casa ni el archivo ni el campanario. Ni el mito de un rey que ha de volver. Detrás y delante de nosotros se abre el mundo. Hostil, pero se abre. Y en medio de este mundo, como en el centro de un círculo,

el español solo, perfilado en el viento. Solo. Con su Arca; con el Arca sagrada. Cada uno con su Arca. Y dentro de esta Arca, en llanto y la Justicia derribado. ¡La Justicia! La única Justicia que aún queda en el mundo (las últimas palabras de Don Quijote, el testamento de Don Quijote, la esencia de España). Si estas palabras se pierden, si esta última semilla de la dignidad del hombre no germina más, el mundo se tornará en un páramo. Pero para que no se pierdan estas palabras ni se pudra en la tierra la semilla de la justicia humana, hemos aprendido a llorar con lágrimas que no habían conocido los hombres.

[36]

Españoles:

el llanto es nuestro
y la tragedia también,
como el agua y el trueno de las nubes.
Se ha muerto un pueblo
pero no se ha muerto el hombre.
Porque aún existe el llanto,
el hombre está aquí de pie,
de pie y con su congoja al hombro,
con su congoja antigua, original y eterna,
con su tesoro infinito
para comprar el misterio del mundo,
el silencio de los dioses
y el reino de la luz.
Toda la luz de la Tierra
la verá un día el hombre
por la ventana de una lágrima... [37]
Españoles,
españoles del éxodo y del llanto:
levantad la cabeza
y no me miréis con ceño,
porque yo no soy el que canta la destrucción
sino la esperanza.

[38]

Está muerta ¡miradla!

Última escena de un poema histórico y dramático

[41]

Pero algo se dispara de esta danza.
Hay algo más que vueltas aquí abajo
entre el mirlo y el topo.
De estos cielos que mueren se desprenden
tangentes encendidas...

la conciencia del hombre, acongojada
se escapa de estos ciclos.
Gira también la honda
pero lanza el guijarro.
La vida es un hondero
no una devanadera.

[43]

-Está muerta. ¡Miradla!

Los que habéis vivido siempre arañando su piel,
removiendo sus llagas,
vistiendo sus harapos,
llevando a los mercados negros terciopelos [44] y lentejuelas,
escapularios y cascabeles...
y luego no habéis sabido conservar este viejo negocio que os daba pan y gloria,
quisierais que viviese eternamente.
Pero está muerta. ¡Miradla!
Miradla todos:
los que habéis robado su túnica
y los que habéis vendido su cadáver.
¡Miradla!... Miradla
los eruditos y los sabios:
los traficantes de la cota del Cid
y del sayal de Santa Teresa.
Miradla,
los chamarileros de la ciencia, que vendíais por oro macizo, botones, huecos de latón...
Miradla
los anticuarios, [45]
los especialistas del toro y del barroco,
los catadores de cuadros y vinagre...
Miradla
los castradores de colmenas que dabais cera a los cirios y miel a los púlpitos...
Miradla,
los que levantabais en las plaza puestos de avellanas y nueces vanas, y vivíais del rito
hueco y anacrónico.
Miradla
los vendedores de bellotas para las gruesas cuentas de los rosarios,
y los fabricantes de metales para las medallas y los esquilonos.
Miradla
los poetas del rastro, de la cripta y la carcoma,
los viajantes de rapé y de greguerías, [46]
los trasplantadores de la torre de marfil
(un fantasma atraviesa el Atlántico).
Miradla

los pintores de esputos y gangrenas,
de prostíbulos y patíbulos,
de sótanos y sacristías,
de cristos disfrazados y de máscaras...

que preguntabais aturdidos:
Y si España se quita la careta,
se limpia la cara
y abre la ventana
¿qué pintamos nosotros?

Miradla
los que estáis negociando todavía
con el polvo
con la carroña
y con la sombra.

Miradla los dialécticos, [47]
los sanguinarios,
los moderados,
los falsificadores de velones
y los mercaderes de tinieblas
que en cuanto escuchasteis esta oferta:

«Toda la sangre de España por una gota de luz»
gritasteis enfurecidos:
«No, no; eso es un mal negocio».

Miradla
los que vivíais de la caza y de la pesca del turista,
y los vendedores de panderetas.

Miradla
los mastines del 98, que en cuanto ganasteis la antesala, dejasteis de ladrar, pactasteis con
el mayordomo, y ahora en el destierro no podéis vivir sin el collar pulido de las academias.
[48]

Miradla
los grandes payasos ibéricos que hicisteis siempre pista y escenario de la patria y decíais en
el exilio: ¡Mi España, la tierra de mi España! en lugar de decir: ¡La arena de mi circo!

Miradla
los constructores de ratoneras
y el gran inventor de la contradicción y
de la paradoja, que se cogió las narices con su invento.

Miradla
los escritores de novelas y comedias que buscabais la truculencia y el melodrama y ahora,
después de tres años de guerra y destrucción, habéis dicho: ¡Basta, ya tenemos argumento!

Miradla
los capitanes y los comisarios de la retaguardia [49], que os bajabais las bragas en las
tabernas y en los ministerios de Valencia para mostrar vuestras hazañas, y pedíais en
seguida una silla de plata para el héroe.

Miradla
los copleros de plazas y mercados que tenéis ya el cartelón ya el cartel pintado de almagre,
las copias hechas, la musiquilla y el guitarrón. Miradla los gitanos que adobabais el burro

viejo y llenabais de flequillos y revuelos la capa y la canción para engañar al toro y al payo... ¡Ya no hay feria en Medina, buhoneros!

Miradla, miradla

los sastres,
los zapateros, [50]
los sombrereros,
los modistos

que vestíais a los coroneles, a los arzobispos y a los diplomáticos, y hacíais vuestro gran negocio en carnaval.

Miradla

los sodomitas,
los adúlteros,
y los leprosos
que cambiasteis las leyes para defender vuestras llagas.

Miradla

los generales iscaríotes que comprasteis siempre vuestras cruces y vuestras medallas con los treinta dineros y el clown (condecorado por el micrófono y el viento)
que conquistó su fama regando la pista de todos los circos del mundo con el llanto de las madres españolas. [51]

¡Miradla!

Miradla, miradla

los fariseos que decíais: sólo la Iglesia tiene la verdad,
sólo bajo su bóveda vive el hombre seguro
y metisteis de nuevo vuestros mercadillos en el templo;
y ése, ése,
el sacristán espía que llevaba
cosido en las telas del escapulario
el plano de la muerte...
y juraba que era una plegaria milagrosa.

Miradla

los chalanes de caballos ciegos para las plazas y para las norias...

Miradla

los comediantes y los políticos que sosteníais 330 veces la misma comedia en el cartel...
[52]

y el chulo democrático del manubrio,
que piensa todavía que España tiene cuerda para siempre.

¡Ya no hay más vueltas!

¡Dejad quieto el molinillo!

¿De qué otra tela nueva y extranjera vais a cortarle ahora un sayal?

¡Silencio!

No digáis otra vez:

«la Historia se repite,
la vida es vuelta y vuelta,
la primavera torna
y España es siempre eterna, virginal».

La Historia se deshace.

Un día
el palo desgastado y carcomido
de la noria se quiebra,
las ruedas ya no giran,
el agua ya no surte, [53]
la mula vieja y ciega se derrumba,
la negra pantomima
fratricida se acaba
y el polvo es el que ordena...
¡El polvo eterno y virginal!

Está muerta. ¡Miradla!
Miradla
los viejos gachupines de América,
los españoles del éxodo de ayer
que hace cincuenta años
huisteis de aquella patria vieja por no servir al Rey
y por no arar el feudo de un señor...
y ahora
queréis hacer la patria nueva
con lo mismo,
con lo mismo que ayer os expatrió:
con un Rey
y un señor. [54]
No se juega a la patria
como se juega al escondite:
ahora sí
y ahora no.
Ya no hay patria. La hemos matado todos:
los de aquí y los de allá,
los de ayer y los de hoy.
España está muerta. La hemos asesinado
entre tú y yo.
¡Yo también!
Yo no fui más que una mueca
una máscara
hecha de retórica y de miedo.
Aquí está mi frente. ¡Miradla!
Porque yo fui el que dijo:
«Preparad los cuchillos,
aguzad las navajas,
calentad al rojo vivo los hierros,
id a las fraguas, [55]
que os pongan en la frente el sello de la Justicia»...
Y aquí está mi frente
sin una gota de sangre. ¡Miradla!

¡España, España!
Todos pensaban
-el hombre, la Historia y la fábula-
todos pensaban
que ibas a terminar en una llama...
y has terminado en una charca.
Mirad: allí no queda nada.
Al borde de las aguas
cenagosas... una espada
y lejos... el éxodo,
un pueblo hambriento y perseguido
que escapa.
Español del éxodo de ayer
y español del éxodo de hoy... [56]
allí no queda nada.
Haz un hoyo en la puerta de tu exilio,
planta un árbol,
riégalo con tus lágrimas
y aguarda.
Allí no hay nadie ya...
quédate aquí y aguarda.
-Y esos hombres que danzan por las tumbas, arrastrando espadones y rosarios
¿qué quieren?
-No hay nadie ya;
quédate aquí y aguarda.
-¿Has oído?
Dicen «Arriba España».
-No hay nadie...
son fantasmas.
Los muertos no salen del sepulcro...
quédate aquí y aguarda.
¿Adónde quieres ir? [57]
Sopla en toda la Tierra
el mismo viento que se llevó tu casa.
¿Adónde quieres ir?
¿A buscar tu venganza?
Si el crimen fue de todos,
si la tragedia viene de lejos... de muy lejos,
como en la Orestíada.
Ha entrado el viento y todo lo ha derribado.
¿Quién abrió la ventana?
Nadie... ¡el viento!
Quédate aquí y aguarda.
¿Adónde quieres ir?
¿Otra vez a conquistar tu patria?
Cuando amaine este viento
¿Quién va a encontrar entre las ruinas

los antiguos mojones y las patrias?
Mozo: en cualquier parte [58]
puedes hoy darle ocupación
a tu vigilia y a tu espada.

¿Quién ha implorado ya el perdón y espera sólo a que se descorran los cerrojos? ¿Tú?
¡Quédate aquí y aguarda!
Español del éxodo y del llanto
¿de qué te tienen que perdonar?
¿y quién te tiene que perdonar?
¿Qué regazo,
qué tiara...
qué virtud hay en el mundo
ante la cual deban arrodillarse tus lágrimas?
Vinagre escupen los hisopos,
y la boca de los párrocos, venganza.
No hay en toda la Tierra
una mano limpia que pueda bendecir. [59]

Habla con Dios directamente si le hallas
o maldice tu día como Job
y arroja al cielo tus palabras.
Allí no hay nadie...
Unas harcas...
arena del desierto...
polvo estéril del Sahara...
polvo, polvo
sobre una inmensa charca.
-Muera, muera ese falso augur
que ve mejor la grupa de la noche
que la frente de la mañana.
¿Qué signos hay
para anunciar más lágrimas?
Mostradnos vuestra ciencia
o vuestra gracia.
-¿Signos? Para saber el tiempo
que tendremos mañana
no consultéis a la veleta. [60]
Mejor que al viento
consultadle al agua.
Mirad a la laguna
(lo que ayer fue agua limpia
es ahora charca),
o al ángulo
del ojo de las vacas
(la mirada inocente
está cerrada).

También podéis hacer lo que Isáías:
tomarle el pulso al pueblo
y al jerarca.

(Hoy es escoria
lo que ayer fue plata).

-Pedimos dialéctica,
no pedimos parábolas

-Pues oíd:

Sobre una blasfemia roja
no se levanta España. [61]

Y sobre el odio verde
de esta plegaria blanca:

«Señor, dame el llanto y la sangre
de la mitad de España...»

tampoco,
se levanta.

Sobre una blasfemia roja
y una oración de hiel
no se levanta un pueblo
ni un destino ni una patria.

-Existe todavía
una tercer brigada.

-¡Ah! Sí, perdonad, perdonad,
se me olvidaba.

Para salvar al hombre
hay tres jugadas:

la roja blasfemia,
la verde plegaria
y la haba amarilla y senil [62]
de la democracia.

-¡Fuera! Este es aquel poeta funerario
de La Insignia y de El Hacha.

-Es aquel jeremíaco que decía:
Solamente nos salvarán las lágrimas.

-Es un loco... un enfermo.

-¿Alguno de vosotros
conoce otro remedio?

¿Sabéis vosotros más?

¿Veis vosotros más lejos
y más claro?

Vosotros, los doctores modernos,
los exploradores de la psiquis,
los loqueros,
los que pulsáis las cuerdas
heridas de los nervios
y bajáis y subís como alpinistas
por la abrupta geografía del cerebro,

¿sabéis vosotros más? [63]
¿Podéis vosotros organizar mi llanto
o explicarme de otro modo mis sueños?
Porque no hasta con decir:
es un loco... un enfermo.
Además, ya no hay locos,
ya no hay locos, amigos, ya no hay locos.
Todo el mundo está cuerdo,
terrible,
monstruosamente cuerdo.
Escuchadme,
loqueros:

El sapo iscarote y ladrón
en la silla del juez,
repartiendo castigos y premios [64]
¡en nombre de Cristo,
con la efigie de Cristo
prendida del pecho!
Y el hombre aquí de pie,
firme, erguido, sereno,
con el pulso normal,
con la lengua en silencio,
los ojos en sus cuencas
y en su lugar los huesos.
El sapo iscarote y ladrón
en la silla del juez,
repartiendo castigos y premios...
y el hombre aquí de pie,
callado, impasible, cuerdo... ¡cuerdo!
sin que se le quiebre
el mecanismo del cerebro.
¿Cuándo se pierde el juicio?
(Yo pregunto, loqueros)
¿Cuándo enloquece el hombre? [65]
¿Cuándo,
cuándo es cuando se enuncian los conceptos
absurdos
y blasfemos
y se hacen unos gestos sin sentido,
monstruosos y obscenos?
¿Cuándo es cuando se dice,
por ejemplo:
no es verdad,
Dios no ha puesto
al hombre aquí en la Tierra
bajo la luz y la ley del universo;

el hombre
es un insecto
que vive en las partes pestilentes y rojas
del mono y del camello?
¿Cuándo, si no es ahora
(yo pregunto, loqueros) [66]
cuándo,
cuándo es cuando se paran los ojos
y se quedan abiertos,
inmensamente abiertos?
¿Cuándo es cuando se cambian
las funciones del alma y los resortes del cuerpo,
y en vez de llanto
no hay más que risa y baba en nuestro gesto?
Si no es ahora,
ahora que la Justicia vale menos
mucho menos,
que el orín
de los perros;
si no es ahora, ahora que la Justicia
tiene menos
infinitamente menos
categoría que el estiércol; [67]
si no es ahora ¿cuándo,
cuándo se pierde el juicio?
Respondedme, loqueros,
¿cuándo se quiebra y salta roto en mil pedazos
el mecanismo del cerebro?
Ya no hay locos, amigos, ya no hay locos.
Se murió aquel manchego,
aquel estafalario
fantasma del desierto
y... ¿ni en España hay locos!
Todo el mundo está cuerdo,
terrible,
monstruosamente cuerdo.
(¡Qué bien marcha el reloj,
es un reloj perfecto, relojero!)

No preguntéis,
no preguntéis a los loqueros. [68]
No preguntéis tampoco
al hombre de los mapas y de los argumentos;
no preguntéis al estratega
ni preguntéis al dialéctico.
Mirad,
mirad al cielo.

Vienen solas y negras dos nubes contrarias
preñadas de agua y de fuego.

Preguntad al comadrón: ¿qué parirán?

¿qué parirán?

¿Habrá diluvio o habrá incendio?

-Llanto.

-Construyamos un Arca
como en el Viejo Testamento.

-¡Ya es tarde, ya es tarde!
(pasa iracundo resoplando el viento).

Escuchad otra voz: [69]

-Hay que tomar la espada
y elegir un ejército.

Uno de los ejércitos del mundo.

No hay más que dos ejércitos.

-Español del éxodo y del llanto,
que llegas a México,

no te sientes tan pronto

que aquí sopla aún el viento,

el mismo viento

que derribó la torre

de tu pueblo...

No digas en seguida:

allá yo era un esclavo

y aquí soy un liberto,

porque la tierra entera está imantada

y caminamos todos con zapatos de hierro.

Se ha muerto un pueblo pero el hombre

no se ha muerto. De nuevo [70]

tomad todos la espada

y elegid un ejército.

Que se quite sus libreas

el discreto

y su levita funeraria

el miedo.

No es hora de argüir:

yo soy un sabio, o yo no entiendo

más que de mi oficio

y mi comercio.

Porque el hombre

-el erudito historiador y el zapatero-

ha de estar preparado antes que nada

para el día fatal

de las inundaciones y del trueno.

Ya no hay nadie en el valle,

no hay nadie en el taller ni en la oficina, [71]
los hombres de la fábrica se fueron:
los que entraron a trabajar ayer
y los viejos obreros;
el hombre de la regla,
el aprendiz,
el ayudante
y el maestro;
el que engrasa los ejes
y el que temple el acero;
los hombres del molino,
el manco de la presa
y el viejo molinero.
Alguien ha dicho:
no oigáis a los profetas dialécticos;
mirad,
mirad al cielo...
Y todos han huido hacia las cumbres:
los de la máquina,
los de la gleba, [72]
los artesanos y los jornaleros.
Se han escapado todos...
y el capataz con ellos.
El capataz, el hombre de la lista,
el que llama en el alba a los obreros.
Hoy la lista se tomará allá arriba,
en el pico del cerro...
Y el hombre oirá su nombre
más alto que su oficio y que su gremio.

«Zapatero, a tus zapatos...»
No es verdad, zapatero.
Salva sólo esta ficha, historiador:
«Volaba la corneja sobre el lado siniestro.»
Ahora tirad las leznas y los tarjeteros
con los otros cachivaches domésticos.
El hombre hace su historia y sus zapatos
cuando sopla otro viento. [73]

Hoy va a caer mucha agua,
¡mucho llanto! y tendremos
que ir todos sin papeles en los bolsillos
y con los pies ligeros
para nadar, para nadar sin trabas
y llegar a algún puerto.
Ya habrá espacio otro día
para cortar el cuero;

ya habrá espacio mañana
para ordenar papeles
y juntar documentos;
ya habrá espacio,
ya habrá espacio de sobra
para contar,
para contar
todo lo que ha sucedido en este tiempo,
Ahora... tomad todos la espada
y elegid un ejército.
Hoy no es día de contar, historiadores, [74]
es día de gestar... de hacer el cuento,
de empezar otra historia y otra patria
y... de comprarse un traje nuevo.

Ese indumento que ahora llevas
ya no sirve, español.
Oídllo,
los antiguos alfayates del Rey,
los viejos quitamanchas del landó,
los fabricantes de lejía
y los vendedores de sidol.
Hay una mancha roja
aquí en la manga izquierda
del viejo levitón
y en la derecha hay otra
(¿Ha visto usted señora?)
otra... un poquito mayor.
Y ninguna se quita con nada
(¡Lavanderas, tintoreros!) [75]
ninguna de las dos.
Preguntad más arriba:
¡Eh! ¿Cómo se cura el cáncer
y la lepra, doctor?
Más arriba, más arriba.
En la buhardilla viven
el prestamista y el enterrador.
Y allá en las cumbres fronterizas,
el buitre y la zorra...
Español,
español del éxodo de ayer
y español del éxodo de hoy:
te salvarás como hombre
pero no como español.
No tienes patria ni tribu. Si puedes,
hunde tus raíces y tus sueños
en la lluvia ecuménica del sol.

Y yérquete,
que tal vez el hombre del momento [76]
es el hombre movible de la luz,
del éxodo y del viento.
julio-1939.

El hacha

Elegía española

Dedicatoria

A los Caballeros del Hacha,
A los Cruzados del Rencor y del Polvo...
A todos los españoles del mundo.

[81]

... Los muertos vuelven,
vuelven siempre por sus lágrimas
(el muchacho que se fue tras los antílopes regresará también).
nuestras lágrimas son monedas cotizables;
guardadlas todas ¡todas!
para las grandes transacciones.
Hay estrellas lejanas
¡y yo sé lo que cuestan!

[83]

El hacha

I

¡Oh, este dolor,
este dolor de no tener ya lágrimas;
este dolor
de no tener ya llanto
para regar el polvo!
¡Oh, este llanto de España,
que ya no es más que arruga y sequedad...
mueca,
enjuta congoja de la tierra, [84]
bajo un cielo sin lluvias,

hipo de cigüeñal
sobre un pozo vacío,
mecanismo, sin lágrimas, del llanto!
¡Oh, esta mueca española,
esta mueca dramática y grotesca!
Llanto seco del polvo
y por el polvo;
por el polvo de todas las cosas acabadas de España;
por el polvo de todos los muertos
y de todas las ruinas de España,
por el polvo de una casta
perdida ya en la Historia para siempre!

Llanto seco del polvo
y por el polvo. Por el polvo
de una casa sin muros, [85]
de una tribu sin sangre,
de unas cuencas sin lágrimas,
de unos surcos sin agua...
Llanto seco del polvo
por el polvo que no se juntará ya más,
ni para construir un adobe
ni para levantar una esperanza.
¡Oh, polvo amarillo y maldito
que nos trajo el rencor y el orgullo
de siglos
y siglos
y siglos...!
Porque este polvo no es de hoy,
ni nos vino de fuera:
somos todos desierto y africanos.

Nadie tiene aquí lágrimas.
Y ¿para qué hemos de vivir nosotros [86]
si no tenemos lágrimas?
Y ¿para qué hemos de llorar ya más
si nuestro llanto no aglutina?
-ni en los clanes rojos
ni en las harcas blancas-.
En esta tierra
el llanto no aglutina;
ni el llanto ni la sangre.
Y ¿para qué sirve la sangre derramada
si no junta los labios de la casta?
Disolvente es la sangre en esta tierra
lo mismo que las lágrimas,
y ha clavado banderas

plurales y enemigas
en todos los aleros.
Los ídolos domésticos
hablaron vanidad.

Tierra arenosa sin riego, [87]
carne estrujada sin llanto,
polvo rebelde de rocas rencorosas
y lavas enemigas,
átomos amarillos y estériles
del yermo,
aristas vengativas,
arenal de la envidia...
esperad ahí secos y olvidados
hasta que se desborde el mar.

II

¿Por qué habéis dicho todos
que en España hay dos bandos,
si aquí no hay más que polvo?

En España no hay bandos,
en esta tierra no hay bandos, [88]
en esta tierra maldita no hay bandos.
No hay más que un hacha amarilla
que ha afilado el rencor.
Un hacha que cae siempre,
siempre,
siempre,
implacable y sin descanso
sobre cualquier humilde ligazón:
sobre dos plegarias que se funden,
sobre dos herramientas que se enlazan,
sobre dos manos que se estrechan.
La consigna es el corte,
el corte,
el corte,
el corte hasta llegar al polvo,
hasta llegar al átomo.
Aquí no hay bandos,
aquí no hay bandos,
ni rojos [89]
ni blancos
ni egregios
ni plebeyos...
Aquí no hay más que átomos,
átomos que se muerden.

España,
en esta casa tuya no hay bandos.
Aquí no hay más que polvo,
polvo y un hacha antigua,
indestructible y destructora
que se volvió y se vuelve
contra tu misma carne
cuando te cercan los raposos.
Vuelan sobre tus torres y tus campos
todos los gavilanes enemigos
y tu hijo blande el hacha
sobre su propio hermano. [90]
Tu enemigo es tu sangre
y el barro de tu choza.
¡Qué viejo veneno lleva el río
y el viento,
y el pan de tu meseta,
que emponzoña la sangre,
alimenta la envidia,
da ley al fratricidio
y asesina el honor y la esperanza!
La voz de tus entrañas
y el grito de tus montes
es lo que dice el hacha:
«Este es el mundo del desgaje,
de la desmembración y la discordia,
de las separaciones enemigas,
de las dicotomías incesables,
el mundo del hachazo... ¡mi mundo!
dejadme trabajar».
Y el hacha cae ciega, [91]
incansable y vengativa
sobre todo lo que se congrega
y se prolonga:
sobre la gavilla
y el manojo,
sobre la espiga
y el racimo,
sobre la flor
y la raíz,
sobre el grano
y la simiente,
y sobre el polvo mismo
del grano y la simiente.
Aquí el hacha es la ley
y la unidad el átomo,

el átomo amarillo y rencoroso.
Y el hacha es la que triunfa. [92]

III

Hay un tirano que sujeta
y otro tirano que desata...
y entre los dos tu predio, libertad.
¡Libertad, libertad,
hazaña prometeica,
en tensión angustiosa y sostenida
de equilibrio y amor!
¡Libertad española!
a tu derecha tienes
los grillos y la sombra
y a tu izquierda la arena
donde el amor no liga.
Se es esclavo del hacha
lo mismo que del cepo...
Y el desierto es también un calabozo;
el desierto amarillo
donde el átomo roto [93]
no se pone de pie.
De aquí nadie se escapa. Nadie.
Por que dime tú, amigo cordelero,
¿hay quién trencé una escala
con la arena y el polvo?

Español,
más pudo tu envidia
que tu honor,
y más cuidaste el hacha
que la espada.

Tuya es el hacha, tuya.
Más tuya que tu sombra.
Contigo la llevaste a la Conquista
y contigo ha vivido
en todos los exilios.
Yo la he visto en América [94]
-en México y en Lima-,
Se la diste a tu esposa
ya tu esclava...
y es la eterna maldición de tu simiente.

Tuya es el hacha, el hacha:
la que partió el Imperio
y la nación,

la que partió los reinos,
la que parte la ciudad
y el municipio,
la que parte la grey
y la familia,
la que asesina al padre
-Alvargonzález,
Alvargonzález, habla-,
Bajo su filo se ha hecho polvo
el Arca, [95]
la casta,
y la roca sagrada de los muertos;
el coro,
el diálogo
y el himno;
el poema,
la espada
y el oficio;
la lágrima,
la gota
de sangre,
y la gota
de alegría...
Y todo se hará polvo,
todo,
todo,
todo...
Polvo con el que nadie,
nadie, [96]
construirá jamás
ni un ladrillo
ni una ilusión.

IV

España no eres tú,
el de las harcas blancas,
ni tú,
el de los clanes rojos.
España es el hacha.
Y el hacha es la que gana.
Esta vez pierden todos, caballero.
(-Me esconderé en el portalón
detrás de la columna
y apostaré después
cuando la bola haya salido).
Esta vez pierden todos, caballero: [97]
el que se esconde

y el que huye;
los jugadores de ventaja,
el tramposo,
el garitero
y el matón...
Y el hacha es la que gana.
Cobraremos todos en arena,
todos, hasta los muertos,
que esperan bajo tierra
la gloria y el rosal.
Esta vez pierden todos.
Obispos buhoneros,
volved las baratijas a su sitio:
los ídolos al polvo
y la esperanza al mar.

Hemos bajado el último escalón...
el que acaba en la cripta. [98]
Mirad ahora hacia arriba
por el pozo viscoso de la Historia.
Allá,
en el disco apagado de la noche,
ni una voz
ni una estrella.
Nadie nos llama
ni nos guía,
y mientras nuestra sangre se desborda
el mundo juega al bridge
y el Gran Juez a los dados.
Fuimos un espectáculo anteayer,
pero hoy ya el circo está vacío.
La negra pantomima
fratricida de España,
la vio Tubal-Caín,
es vieja como el mundo,
como el odio y la envidia...
y hoy la enciende y la apaga [99]
un empresario inglés.
Sin embargo, vosotros
podéis aun arroparos, si hace frío,
en una manta proletaria
o en un manto señorial.
Y apedrearme, si queréis,
maldecirme y gritar:
¡Muera ese falso augur
que ve mejor la grupa de la noche
que la frente de la mañana!...

Pero aquí en nuestras manos
sólo hay polvo y rencor.

V

-¡Eh, tú, Diego Carrión!,
¿qué insignia es ésa
que llevas en el pecho?
-El haz de flechas señorial. [100]
-¿Y tú, Pero Vermúdez?
-La estrella redentora y proletaria.
Españoles,
dejémonos de burlas.
No es ésta ya la hora de la farsa.
Vámonos poco a poco,
que en los nidos de antaño
no hay pájaros hogaño.
Yo fuí loco
y ya estoy cuerdo.
Nadie tiene aquí lágrimas,
pero tampoco risas.
Aquí no hay lágrimas
ni risas...
Aquí no hay más que polvo
¡Quitaos esas máscaras!
Nuestro símbolo es éste: el hacha.
Marcaos todos en la carne del costado
con un hierro encendido, [101]
que os llegue hasta los huesos
el hacha destructora...
Todos,
Diego Carrión,
Pero Vermúdez,
todos.
Y vamos a dormir,
a descansar en el polvo,
aquí,
en el polvo y para siempre.
No somos más que polvo.
Tú y yo y España
no somos más que polvo
polvo,
polvo,
polvo...
Nuestra es el hacha,
el hacha y el desierto,
el desierto amarillo [102]
donde descansa el hacha,

cuando no quede ya
ni una raíz
ni un pájaro
ni un recuerdo
ni un nombre...
España,
¿por qué has de ser tú madre de traidores
y engendrar siempre polvo rencoroso?
Si tu destino es éste,
¡que te derribe y te deshaga el hacha!

VI

EL LLANTO... EL MAR.

Y aquéllos... ¿los del norte?

La elegía de la zorra
que la cante la zorra, [103]
el buitre
la del buitre,
y el cobarde
la suya.
Cada raza y cada pueblo
con su lepra y con su llanto.
Yo lloro solamente las hazañas
del rencor
y del polvo...
y la gloria
del hacha.

Luego,
mañana..
¡para todos el mar!
Habrá llanto de sobra para el hombre
y agua amarga
para las dunas calcinadas...

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo